

E. L. JAMES

Grey

Grijalbo

Clayton's está tranquilo. El último cliente se ha marchado hace cinco minutos. Y yo estoy esperando, otra vez, tamborileando con los dedos sobre mis muslos. La paciencia no es mi fuerte. Ni siquiera la larga caminata con Elliot ha disminuido mi inquietud. Esta noche él cena con Kate en el Heathman. Dos citas en dos noches consecutivas no es propio de él.

De repente, los fluorescentes del interior de la ferretería se apagan, la puerta se abre y Ana sale a la calle en esta cálida noche de Portland. El corazón me martillea en el pecho. Llegó la hora: o bien es el inicio de una nueva relación o es el principio del fin. Le dice adiós con la mano a un chico que ha salido con ella. No es el mismo al que conocí la última vez que estuve aquí; es uno nuevo. Mientras se dirige hacia mí, la mira sin apartar los ojos de su culo. Taylor me distrae al disponerse a salir del coche, pero lo detengo. Esto es cosa mía. Cuando me apeo y le abro la puerta a la señorita Steele, el nuevo está cerrando la tienda con llave y ya no tiene los ojos clavados en ella.

Los labios de Ana esbozan una sonrisa tímida al acercarse. Lleva el pelo recogido en una coleta desenfadada que se mece en la brisa nocturna.

—Buenas tardes, señorita Steele.

—Señor Grey —dice.

Lleva puestos unos vaqueros negros... Otra vez vaqueros. Saluda a Taylor y se sienta en la parte trasera del coche.

En cuanto estoy a su lado le cojo la mano y se la aprieto con suavidad, mientras Taylor se incorpora a la carretera sin tráfico y se dirige al helipuerto de Portland.

—¿Cómo ha ido el trabajo? —le pregunto disfrutando del tacto de su mano en la mía.

—Interminable —me contesta con voz ronca.

—Sí, a mí también se me ha hecho muy largo.

¡Las últimas horas de espera han sido un infierno!

—¿Qué has hecho? —me pregunta.

—He ido de excursión con Elliot.

Tiene la mano cálida y suave. Baja la cabeza y mira nuestros dedos entrelazados, y yo le acaricio los nudillos con el pulgar una y otra vez. Se le entrecorta la respiración y posa los ojos en los míos. Veo en ellos su ansia y su deseo... y su expectación. Espero de veras que acepte mi propuesta.

Por suerte, el trayecto hasta el helipuerto es corto. Cuando salimos del coche, vuelvo a cogerla de la mano. Parece un poco perpleja.

Ah. Se pregunta dónde está el helicóptero.

—¿Preparada? —digo.

Asiente con la cabeza y yo la guío al interior del edificio y hasta el ascensor. Ella me dirige una rápida mirada de complicidad.

Está recordando el beso de esta mañana. Claro que... yo también.

—Son solo tres plantas —mascullo.

Mientras estamos ahí dentro tomo nota mentalmente de que un día tengo que follármela en un ascensor. Aunque primero tendrá que aceptar mi trato.

En la azotea, el *Charlie Tango*, recién llegado de Boeing Field, está preparado y a punto para despegar, aunque no hay rastro de Stephan, que es quien lo ha traído hasta aquí. Sin embargo, Joe, que se encarga del helipuerto de Portland, está en el pequeño despacho. Al verlo, lo saludo. Es mayor que mi abuelo, y lo que él no sepa acerca de volar es que no vale la pena aprenderlo. Estuvo pilotando helicópteros Sikorsky en Corea para evacuar a heridos y, joder, cuenta algunas historias que ponen los pelos de punta.

—Aquí tiene su plan de vuelo, señor Grey —dice Joe, y su voz áspera revela lo anciano que es—. Lo hemos revisado todo. Está listo, esperándole, señor. Puede despegar cuando quiera.

—Gracias, Joe.

Un rápido vistazo a Ana me dice que está excitada... igual que yo. Esto es toda una novedad.

—Vamos.

Vuelvo a cogerla de la mano y la guío por el helipuerto hasta el *Charlie Tango*. Es el Eurocopter más seguro de su clase, y pilo-

tarlo supone una auténtica delicia. Es mi orgullo y mi alegría. Le abro la puerta a Ana, que trepa al interior, y la sigo.

—Ahí —le ordeno señalando el lugar del acompañante—. Siéntate. Y no toques nada.

Me encanta cuando hace lo que se le dice.

Una vez sentada, examina los instrumentos con una mezcla de sobrecoyimiento y entusiasmo. Me inclino hacia ella y la ato con el arnés de seguridad mientras intento no imaginármela desnuda ahí mismo. Me tomo un poco más de tiempo del necesario, porque puede que esta sea mi última oportunidad de estar cerca de ella, mi última oportunidad de aspirar su aroma dulce y evocador. Cuando conozca mis gustos puede que salga huyendo... Aunque también puede que se apunte a mi forma de vida. Las posibilidades que eso evoca en mi mente son casi abrumadoras. Me sostiene la mirada; está muy cerca... está preciosa. Aprieto la última banda. No se marchará a ninguna parte. Al menos durante una hora.

—Estás segura. No puedes escaparte —susurro reprimiendo mi excitación.

Ella inspira con fuerza.

—Respira, Anastasia —añado, y le acaricio la mejilla.

Le sujeto la barbilla, me inclino hacia ella y le doy un beso rápido.

—Me gusta este arnés —murmuro.

Me entran ganas de explicarle que tengo otros, de cuero, en los que me gustaría verla atada y suspendida del techo. Pero me porto bien, me siento y me abrocho el arnés.

—Colócate los cascos. —Señalo los auriculares que tiene delante—. Estoy haciendo todas las comprobaciones previas al vuelo.

Todos los mandos parecen funcionar bien. Acciono el acelerador para ponerlo a 1.500 rpm, pongo el transpondedor en espera y enciendo la baliza de posición. Todo está preparado y a punto para el despegue.

—¿Sabes lo que haces? —me pregunta maravillada.

Le contesto que aprendí a pilotar hace cuatro años. Su sonrisa es contagiosa.

—Estás a salvo conmigo —la tranquilizo, y añado—: Bueno, mientras estemos volando.

Le guiño un ojo, y ella sonríe de oreja a oreja y me deslumbra.

—¿Lista? —le pregunto, y apenas puedo creer hasta qué punto me excita tenerla al lado.

Ella asiente.

Hablo con la torre de control —están despiertos— y subo el acelerador a 2.000 rpm. Cuando nos confirman que podemos despegar, hago las últimas comprobaciones. La temperatura del aceite es de 60°C. Aumento la presión del colector con el motor a 2.500 rpm y tiró del acelerador hacia atrás. El *Charlie Tango* se eleva en el aire como la elegante ave que es.

Anastasia da un grito ahogado cuando la tierra empieza a desaparecer bajo nosotros, pero se muerde la lengua, embelesada al ver las tenues luces de Portland. Pronto nos envuelve la oscuridad, y la única luz procede del tablero de instrumentos que tenemos delante. El brillo verde y rojo ilumina la cara de Ana mientras contempla la noche.

—Inquietante, ¿verdad?

Aunque a mí no me lo parece; me resulta reconfortante. Aquí arriba nada puede hacerme daño.

Estoy a salvo y oculto en la oscuridad.

—¿Cómo sabes que vas en la dirección correcta? —pregunta Ana.

—Aquí. —Señalo el tablero de control.

No quiero aburrirla hablándole de cómo funcionan los instrumentos, pero lo cierto es que absolutamente todo lo que tengo frente a mí sirve para guiarnos hasta nuestro destino: el indicador de actitud, el altímetro, el variómetro y, por supuesto, el GPS. Le hablo del *Charlie Tango* y de que está equipado para vuelos nocturnos.

Ana me mira llena de asombro.

—En mi edificio hay un helipuerto. Allí nos dirigimos.

Vuelvo a mirar el tablero y compruebo todos los indicadores. Eso es precisamente lo que tanto me gusta: el control, saber que

mi seguridad y mi bienestar dependen de mi dominio de la tecnología que tengo delante.

—Cuando vuelas de noche, no ves nada. Tienes que confiar en los aparatos —le digo.

—¿Cuánto durará el vuelo? —pregunta con la respiración algo entrecortada.

—Menos de una hora... Tenemos el viento a favor —Vuelvo a mirarla—. ¿Estás bien, Anastasia?

—Sí —dice en un tono extrañamente brusco.

¿Está nerviosa? O tal vez lamenta la decisión de estar aquí conmigo. La idea me inquieta; no me ha dado ninguna oportunidad. Me distraigo un momento con el control de tráfico aéreo. Entonces, a medida que salimos de la masa de nubes, veo Seattle en la distancia y el destello de una baliza en la oscuridad.

—Mira. Aquello es Seattle. —Dirijo la atención de Anastasia hacia el brillo de las luces.

—¿Siempre impresionas así a las mujeres? ¿«Ven a dar una vuelta en mi helicóptero»?

—Nunca había subido a una mujer al helicóptero, Anastasia. También esto es una novedad. ¿Estás impresionada?

—Me siento sobrecogida, Christian —susurra.

—¿Sobrecogida?

Mi sonrisa es espontánea. Y recuerdo a Grace, mi madre, acariciándome el pelo mientras yo leía *Camelot* en voz alta.

«Christian, ha sido fantástico. Estoy sobrecogida, cariño.»

Tenía siete años y hacía poco que había empezado a hablar.

—Lo haces todo... tan bien —sigue diciendo Ana.

—Gracias, señorita Steele.

Mi rostro se enciende de placer ante ese elogio inesperado. Espero que no se haya dado cuenta.

—Está claro que te divierte —añade poco después.

—¿El qué?

—Volar.

—Exige control y concentración... —Dos de mis cualidades que más aprecio—. ¿Cómo podría no gustarme? Aunque lo que más me divierte es planear.

—¿Planear?

—Sí. Vuelo sin motor, para que me entiendas. Planeadores y helicópteros. Piloto las dos cosas.

A lo mejor debería llevármela a planear.

Frena, Grey.

¿Desde cuándo invitas a alguien a planear?

¿Acaso habías llevado alguna vez a una mujer en el *Charlie Tango*?

El control de tráfico aéreo me redirige hacia la trayectoria del vuelo e interrumpe mis pensamientos erráticos mientras nos acercamos a los límites de Seattle. Estamos cerca. Y yo estoy más cerca de saber si todo esto es una quimera o no. Ana mira por la ventanilla, extasiada.

No puedo apartar los ojos de ella.

Por favor, dime que sí.

—Es bonito, ¿verdad? —le pregunto para que se vuelva y así poder verle la cara.

Ella me mira con una amplia sonrisa que hace que se me ponga la polla dura.

—Llegaremos en unos minutos —añado.

De pronto, el ambiente de la cabina se tensa y siento su presencia de forma más evidente. Respiro hondo e inhalo su aroma y la sensación de deseo expectante. El de Ana. El mío.

Mientras descendemos, guío el *Charlie Tango* por el centro de la ciudad hasta el Escala, mi casa, y mi ritmo cardíaco se acelera. Ana empieza a removerse. También ella está nerviosa. Espero que no salga corriendo.

Y, de repente, aparece ante nosotros el helipuerto. Respiro hondo otra vez.

Ya está.

Aterrizamos con suavidad, apago el motor y observo cómo las hélices del rotor disminuyen la velocidad hasta que se paran. Y todo cuanto puedo oír es el silbido del ruido blanco amortiguado por los auriculares mientras permanecemos sentados en silencio. Me quito los cascos y luego le quito a Ana los suyos.

—Hemos llegado —le digo en voz baja.

Tiene la cara pálida bajo el resplandor de las luces de aterrizaje, y le brillan los ojos.

Oh, Dios, qué guapa es.

Me desabrocho el arnés y me inclino hacia Ana para desabrocharle el suyo.

Ella levanta la cabeza y me mira. Confiada. Joven. Dulce. Su delicioso aroma está a punto de ser mi perdición.

¿Debería hacer esto con ella?

Es adulta.

Puede tomar sus propias decisiones.

Y quiero que siga mirándome así cuando me conozca realmente... cuando sepa de lo que soy capaz.

—No tienes que hacer nada que no desees hacer. Lo sabes, ¿verdad?

Es importante que lo entienda. Quiero que sea mi sumisa, pero por encima de todo necesito su consentimiento.

—Nunca haría nada que no quisiera hacer, Christian.

Parece sincera y quiero creerla. Con esas palabras tranquilizadoras resonando aún en mi mente, me levanto del asiento y abro la puerta para saltar a la pista. La cojo de la mano cuando sale del helicóptero. El viento le agita el pelo alrededor de la cara, y parece ansiosa; no sé si es porque está aquí conmigo, solos los dos, o porque hay una altura de treinta pisos. Estar aquí arriba puede producir sensación de vértigo.

—Vamos.

La cojo de la cintura para protegerla del viento y la llevo hasta el ascensor.

Los dos guardamos silencio durante el corto recorrido hasta mi ático. Ana lleva una blusa verde pastel debajo de la chaqueta negra. Le sienta bien. Tomo nota mental de incluir verdes y azules en la ropa que le proporcionaré si acepta mi trato. Debería ir mejor vestida. Sus ojos se cruzan con los míos en los espejos del ascensor justo cuando las puertas se abren ante mi apartamento.

Cruza tras de mí el vestíbulo, me sigue por el pasillo y entramos en el salón.

—¿Me das la chaqueta? —le pregunto.

Ana niega con la cabeza y aferra las solapas de su chaqueta para dejar claro que quiere dejársela puesta.

De acuerdo.

—¿Quieres tomar una copa?

Cambio de táctica y decido que yo sí necesito beber algo para calmarme.

¿Por qué estoy tan nervioso?

Porque la deseo.

—Yo tomaré una copa de vino blanco. ¿Quieres tú otra?

—Sí, gracias —responde.

En la cocina, me quito la chaqueta y abro la nevera para vino. Un sauvignon blanc servirá para romper el hielo. Elijo un socorrido Pouilly Fumé y observo a Ana, que contempla la vista a través de las puertas de la terraza. Cuando da media vuelta y regresa a la cocina le pregunto si le parece bien el vino que he elegido.

—No tengo ni idea de vinos, Christian. Estoy segura de que será perfecto.

Habla en tono cohibido.

Mierda. Esto no está saliendo bien. ¿Se siente abrumada? ¿Es eso?

Sirvo dos copas y me dirijo al centro del salón, donde ella aguarda de pie con el aspecto de un corderito. La mujer arrebatadora ha desaparecido. Parece perdida.

Como yo...

—Toma. —Le tiendo la copa, y ella bebe de inmediato y cierra los ojos en un claro gesto de que le ha gustado el vino.

Cuando baja la copa tiene los labios húmedos.

Buena elección, Grey.

—Estás muy callada y ni siquiera te has puesto roja. La verdad es que creo que nunca te había visto tan pálida, Anastasia. ¿Tienes hambre?

Ella niega con la cabeza y da otro sorbo. Tal vez también necesite beber un poco para reunir el valor necesario.

—Qué casa tan grande —dice con voz tímida.

—¿Grande?

—Grande.

—Es grande.

No puedo negarlo: tiene más de novecientos metros cuadrados.

Doy otro sorbo de vino.

—¿Sabes tocar? —Mira el piano.

—Sí.

—¿Bien?

—Sí.

—Claro, cómo no. ¿Hay algo que no hagas bien?

—Sí... un par o tres de cosas.

Cocinar.

Contar chistes.

Tener una conversación espontánea y desenfadada con una mujer que me atrae.

Dejar que me toquen...

—¿Quieres sentarte?

Señalo el sofá. Ana enseguida asiente con la cabeza. La cojo de la mano, la llevo hasta allí y ella se sienta y me dirige una mirada traviesa.

—¿Qué te parece tan divertido? —pregunto a la vez que tomo asiento a su lado.

—¿Por qué me regalaste precisamente *Tess, la de los d'Urberville*?

Vaya. ¿Adónde irá a parar esto?

—Bueno, me dijiste que te gustaba Thomas Hardy.

—¿Solo por eso?

No quiero decirle que tiene mi primera edición, y que pensé que era una opción mejor que *Jude el oscuro*.

—Me pareció apropiado. Yo podría empujarte a algún ideal imposible, como Angel Clare, o corromperte del todo, como Alec d'Urberville. —Mi respuesta es lo bastante sincera y además encierra cierta ironía. Sospecho que lo que voy a proponerle está muy lejos de sus expectativas.

—Si solo hay dos posibilidades, elijo la corrupción —susurra.

Mierda. ¿No es eso lo que quieres, Grey?

—Anastasia, deja de morderte el labio, por favor. Me desconcentras. No sabes lo que dices.

—Por eso estoy aquí —responde ella, y los dientes le dejan unas pequeñas marcas en el labio inferior, húmedo por el vino.

Ahí está: una vez más me desarma, me sorprende cada dos por tres. Mi polla está de acuerdo.

Parece que nos vamos acercando al meollo del asunto, pero antes de que entremos en detalles necesito que firme el acuerdo de confidencialidad. Me excuso y entro en mi estudio. El contrato y el acuerdo de confidencialidad están en la impresora. Dejo el contrato sobre el escritorio —no sé si llegaremos tan lejos— y grapo las hojas del acuerdo de confidencialidad antes de llevárselo a Ana.

—Esto es un acuerdo de confidencialidad. —Lo dejo en la mesita de café, frente a ella, que parece confusa y sorprendida—. Mi abogado ha insistido —añado—. Si eliges la segunda opción, la corrupción, tendrás que firmarlo.

—¿Y si no quiero firmar nada?

—Entonces te quedas con los ideales de Angel Clare, bueno, al menos en la mayor parte del libro.

Y yo no podré tocarte. Le diré a Stephan que te lleve a casa y haré lo imposible para olvidarme de ti. Mi angustia crece rápidamente; puede que todo esto se vaya a la mierda.

—¿Qué implica este acuerdo?

—Implica que no puedes contar nada de lo que suceda entre nosotros. Nada a nadie.

Ella escruta mi rostro y no sé si se siente confusa o contrariada.

Podría pasar cualquier cosa.

—De acuerdo, lo firmaré —decide.

Vaya, qué fácil ha sido. Le tiendo mi Mont Blanc y ella se dispone a firmar.

—¿Ni siquiera vas a leerlo? —pregunto, molesto de pronto.

—No.

—Anastasia, siempre deberías leer todo lo que firmas.

¿Cómo puede ser tan ingenua? ¿Es que sus padres no le han enseñado nada?

—Christian, lo que no entiendes es que en ningún caso hablaría de nosotros con nadie. Ni siquiera con Kate. Así que lo mismo da si firmo un acuerdo o no. Si es tan importante para ti o para tu abogado... con el que es obvio que hablas de mí, de acuerdo. Lo firmaré.

Tiene respuesta para todo. Eso resulta estimulante.

—Buena puntualización, señorita Steele —observo en tono lacónico.

Ella me dirige una breve mirada reprobatoria y luego firma.

Y, antes de que pueda empezar a soltarle mi discurso, me hace una pregunta.

—¿Quiere decir esto que vas a hacerme el amor esta noche, Christian?

¿Cómo?

¿Yo?

¿Hacer el amor?

Ay, Grey, desengáñala cuanto antes.

—No, Anastasia, no quiere decir eso. En primer lugar, yo no hago el amor. Yo follo... duro.

Ella ahoga un grito. Le he dado que pensar.

—En segundo lugar, tenemos mucho más papeleo que arreglar. Y en tercer lugar, todavía no sabes de lo que se trata. Todavía podrías salir corriendo. Ven, quiero mostrarte mi cuarto de juegos.

Está perpleja, su entrecejo forma una pequeña V.

—¿Quieres jugar con la Xbox?

Me río a carcajadas.

Ay, nena.

—No, Anastasia, ni a la Xbox ni a la PlayStation. Ven.

Me levanto y le tiendo la mano, y ella la acepta de buen grado. La guío hasta el pasillo y subimos a la planta de arriba, donde nos detenemos ante la puerta de mi cuarto de juegos. El corazón me aporrea el pecho.

Se acabó. Ahora o nunca. ¿Alguna vez he estado tan nervioso? Me doy cuenta de que mis deseos dependen de que abra esta

puerta, así que hago girar la llave en la cerradura y, en ese momento, siento la necesidad de tranquilizarla.

—Puedes marcharte en cualquier momento. El helicóptero está listo para llevarte donde quieras. Puedes pasar la noche aquí y marcharte mañana por la mañana. Lo que decidas me parecerá bien.

—Abre la maldita puerta de una vez, Christian —dice cruzándose de brazos con expresión testaruda.

Es el momento decisivo. No quiero que se marche corriendo, pero jamás había tenido esta sensación de estar poniéndome en evidencia. Ni siquiera con Elena. Y me doy cuenta de que se debe a que Ana no sabe nada de esta forma de vida.

Abro la puerta y entro tras ella en el cuarto de juegos.

Mi refugio.

El único lugar en el que soy yo mismo.

Ana permanece en mitad de la habitación, observando toda la parafernalia que forma una parte tan importante de mi vida: los látigos, las varas, la cama, el banco... Guarda silencio mientras lo va asimilando, y lo único que oigo es el latido ensordecedor de mi corazón cuando el torrente sanguíneo pasa junto a mis tímpanos.

Ahora ya lo sabes.

Este soy yo.

Ella se vuelve y me mira con ojos penetrantes mientras espero a que diga algo, pero prolonga mi agonía y se adentra en la habitación, obligándome a seguirla.

Desliza los dedos por un látigo de ante, uno de mis favoritos. Le digo qué nombre recibe, pero ella no responde. Se acerca a la cama y la explora con las manos, rozando por uno de los postes de madera tallada.

—Di algo.

Su silencio es insoportable. Necesito saber si va a salir corriendo.